

amenazado, los doctores suplantados, sus partidarios frustrados en sus vanas quimeras de grandeza nacional: todos estaban escandalizados. Ese mesianismo tan puro no podía ser visto sino por las conciencias rectas y los espíritus sinceros. El odio celoso empojaba y rugía, estallando solamente en palabras injuriosas y violentas. Sin embargo, él no inspira todavía ninguna medida de represión. Nadie, dice el Evangelista, puso la mano sobre él, porque aun no había llegado su hora. Esperábase que el movimiento se aplacaría por sí mismo; él debió crecer, por el contrario, y la oposición iba á quedar reducida á este dilema: aceptar al Enviado de Dios ó entregarle á la muerte.

1 Juan, VIII, 20.



CAPITULO III.

NUEVOS TESTIMONIOS MESIÁNICOS DE JESÚS.

La vida de los pueblos tiene crisis que les salvan ó les pierden. La fiesta de las Cabañuelas del año 29 marcó para el pueblo judío una de esas crisis.

El Mesías que él espera hace muchos siglos, ahí está, en su metrópoli y en su Templo: él habla al pueblo, le llama, él se afirma. El va á ser aceptado ó despreciado, rechazado ó aclamado? El porvenir de Israel está suspendido por esta alternativa. Si él acepta á su Mesías, él no salvará su nacionalidad que ya no tiene razón de ser, pero cumplirá el más glorioso de los destinos; después de haber sido el profeta de Dios y de su unidad, él será el apóstol del Evangelio; si no, relegado obstinadamente en el particularismo de su raza y de su Ley, él será arrojado, á su vez, por aquel que habrá repudiado, él arrastrará en este mundo una vida sin gloria, perdido entre los pueblos adictos á la unidad del Reino de Dios, sospechoso á todos, inquieto, siempre decaído en sus esperanzas de salvación en lo futuro sin objeto, é incapaz de ser salvado, puesto que él habrá despreciado al único Salvador.

Jesús tiene la plena conciencia de esta crisis conmovedora. El ve otra más universal y más profunda, la del alma humana. Al manifestarse á su pueblo, habla á la humanidad. Israel y el Templo están en primer término, el alma y la humanidad en el segundo; sus discursos tienen un alcance sin límites.

Su celo para convertir á la nación se multiplica y crece, como la oposición que halla. Nada le detiene, nada le desanima; pero él tropieza contra la ceguera de la masa, contra la incredulidad odiosa de los Fariseos y de la jerarquía.

Viendo acentuarse esta oposición, Jesús, con una tristeza amenazadora, hace entrever á esos obstinados las consecuencias de su infidelidad. El llamamiento que él hace va á terminar. El se retira, él desaparece. Su venida no es más que un tránsito; como él sale del Padre, él vuelve al Padre. Desdichados de aquellos que no hayan comprendido!

—“Yo me voy,” dijo, “y cuando ya no esté, me buscaréis, llamaréis vanamente el Salvador, él no os responderá y moriréis en vuestro pecado.”¹

El gran crimen es resistir á Dios; los que le cometen mueren. Al irse, Cristo lleva la vida, su ausencia forma la noche y la muerte. Si, al menos, se pudiera recobrarle y volverle á hallar!

—Pero no, agregó, “allá á donde voy, vosotros no podéis venir.”² El va á su Padre, y nadie puede elevarse hacia el Padre, si Jesús no le atrae. El espíritu vivo de Dios, es la única fuerza que exalta á nuestra naturaleza en lo Infinito; ahora, este Espíritu no es dado sino á aquellos que tienen fe en el Hijo del hombre.

La historia del pueblo judío es la más terrible justificación de las palabras de Jesús. Pasada la hora mesiánica, Israel busca vanamente lo que pudiera responder á su inmensa necesidad de salvación. El mal victorioso le abruma, le esclaviza y

¹ Juan VIII, 22.
² Juan, VIII, 22.

le mata; él vaga en la muerte, sin hallar jamás el camino de la vida.

Esa partida misteriosa de Jesús, la imposibilidad de reunirse á donde él iba, provocó la ironía de los Judíos, de los Saduceos sobre todo. Ellos afectaban no comprender.

—¿Acaso él se va á matar? preguntaron. ¿Qué quiere decir con estas palabras: Adonde voy, vosotros no podéis ir?*

Jesús desdeñando esas burlas, penetra en lo más profundo de esas conciencias cerradas, y pone en descubierto la causa secreta de su oposición intratable.

—“Vosotros soís de abajo,” les dijo, “y yo soy de arriba; vosotros soís de este mundo y yo no soy de este mundo. Y, yo os lo repito, vosotros moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que soy yo . . . sí, moriréis en vuestro pecado.”¹

En la tierra, hay la pequeñez y la criatura; en el cielo, el Ser, el Padre, Dios. Colocado entre estos dos polos contrarios, el hombre puede volverse al uno ó al otro, elevarse á Dios ó moverse en su propia nada. Si él se aparta de Dios, él se convierte en su propia nada. Si él se aparta de Dios, él se convierte en un ser de abajo, arrastrado por el torbellino que se llama mundo. Su ciencia no es sino tinieblas, porque ella no le enseña ni de dónde viene ni á dónde va; su sabiduría y su prudencia no son sino locura, porque ellas le alejan de su destino. El es la presa de todas las ilusiones, de todas las vanidades, de todas las cegueras, de todos los dolores, de todas las tiranías del egoísmo y del placer. En rebelión contra la voluntad de Dios, él se esfuerza en olvidarle, en huírle; él quisiera que Dios no existiera, y no pudiéndole anonadarle, le niega, le suprime de su vida y de sus pensamientos.

Jesús, salido del Padre, es el Ser del cielo. Al venir á este mundo, él no pierde nada de su esencia divina, él lleva de Dios á la humanidad en la que él se encarna. Todo lo que la

¹ Juan VIII, 22.
² Juan, VIII, 23-24.

inteligencia humana ve y concibe, es de Dios; todo lo que su voluntad pide é impone, es de Dios; todo lo que sus labios expresan, es de Dios; presente en el mundo, él no es del mundo, y si ahí halla la falta de inteligencia, la repulsión y el odio, es cerca de aquellos que, en lugar de ceder al atractivo divino, se encierran en sus ideas limitadas, su voluntad propia y su egoísmo.

Ahí está el motivo de esta lucha ardiente que él sostiene hoy contra su nación. El apela á la conciencia de todos: la falsa religión, la vana legalidad, la tradición de los antiguos y el egoísmo nacional ó privado, le responden. Entre el hombre terrestre, carnal, esclavo del mundo, y él el hombre del cielo, —toda inteligencia es imposible; la repulsión es absoluta, fatal.

La amenaza del castigo, por terrible que ella sea, ella misma será sin efecto; Jesús le agita todavía, y se da, como teniendo, solo, el poder contra el mal y contra la muerte. El que le repulsa no escapará ni al uno ni al otro; obstinado en la resistencia á la voluntad de Dios,—lo que es la esencia misma del pecado,—él no participará para nada del Espíritu vivo de Dios,—lo que es la verdadera muerte, la muerte del alma, la muerte eterna.

—“Si,” exclamó, con un acento que revelaba todo el ardor de su celo, “si vosotros no creéis que yo soy, moriréis en vuestro pecado.”

A estas palabras: Si vosotros no creéis que yo soy.... los Fariseos le interrumpen. La expresión de Jesús recordaba aquella misma por lo que Jehovah se definió en el Antiguo Testamento, resumiendo en la palabra: “Yo soy,”¹ todo su ser.

—Tú, exclamaron ellos, ¿quién eres?²

Ellos quisieron, á lo que parece, arrancar á Jesús la palabra Cristo que siempre evitó hasta el presente, y con la que se podría abusar de él. El la pronunciará en el momento queri-

¹ Juan, VIII, 24.

² Deut., XXXIII, 39; Isaías, XLIII, 10.

³ Juan, VIII, 25.

do, pero él no ha podido sufrir la presión de sus enemigos; no se le arranca su palabra con reproches, no se pone en juego su potestad por provocaciones ágras y pérfidas.

—“¿Lo que soy?” respondió Jesús, “absolutamente todo lo que os declaro.”¹

El hombre se engaña respecto de sí mismo; tímido ó inconciente, él no dice lo que es; ambicioso de florecer, él dice más de lo que él es; á menudo engañado ó pérfido; él dice lo que no es. La palabra de Jesús es adecuada á su ser. El es solo y verdaderamente todo lo que afirma de sí mismo. Las conciencias en las que esta palabra halla la fe, no tardan en sentir y en gustar que Jesús es el verdadero Templo, la Fuente viva que refrigera, la Luz, el Pan celestial y la Vida. Esta experiencia subjetiva de su divinidad, eclipsa todas las certidumbres del espíritu. No se está arraigado en la palabra del Salvador sino después de haberla comprobado con hechos íntimos que no engañan.

Jesús volvió á tomar el curso de sus reproches á los Judíos obstinados.

—“Yo tengo muchas cosas que deciros, agregé, y que juzgaros; y en esto obedezco á Aquel que me dicta mi mensaje; pero es verídico, Aquel que me ha enviado, y lo que yo he escuchado de El, yo lo digo al mundo.”²

Se notará la insistencia con la que, en sus enseñanzas solemnes, él apoya sobre su comunión íntima, constante, total, absoluta, con el Padre; él viene de él, él vuelve á él; el Padre todo le ha dado; él es quien le envía y le inspira, quien dicta su palabra y ordena su vida. Esta relación inefable constituye el misterio mismo de Jesús, porque él implica su filiación divina, y ella es la fuente de la verdad, de la bondad, de la potestad, de la santidad, de la que se desborda su naturaleza humana.

Esta referencia para nada fué entendida de los Judíos. La

¹ Véase el Apéndice P. Exégesis del τὴν ὁμολογῶ.

² Juan, VIII, 26.

novedad y la sublimidad de semejante lenguaje se prestaban aun á frecuentes desprecios de esos espíritus que le escuchaban con una razón llena de sofismas y con un corazón endurecido, cerrado á la confianza. Muchos, entre la masa, se preguntaban quién era ese personaje de quien el nuevo Profeta se decía enviado, y que él designaba vagamente sin nombrarle. Ellos soñaban quizá, según la opinión del tiempo, con algún ser misterioso que debía preceder al Mesías y con él que Jesús guardaba una relación oculta; ellos no comprendieron que él hablaba del Padre.¹

La falta de inteligencia y la obstinación no le desalentaban ni le cansaban. La vista de su futuro suplicio no le abatía; él mismo hace alusión con palabras encubiertas; él sabe que, lejos de entorpecer su misión, ese será el punto de partida de su triunfo, y él no teme anunciar á los que le combaten y hoy le rechazan, que ellos le reconozcan mañana.

El porvenir impenetrable espanta á los hombres; ellos ven ahí la tumba de su gloria y la nada de sus obras; Jesús le mira con confianza, porque el porvenir debe vengarle de las derrotas del presente.

—“Cuando halláis elevado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, que yo no hago nada por mí mismo, sino que yo hablo como el Padre me ha enseñado, y que Aquel que me ha enviado está conmigo; y él para nada me ha dejado solo, porque yo hago lo que le place.”²

La historia ha justificado esas palabras proféticas. La muerte del Hijo del hombre ha sido su “exaltación;” como á él le agradaba llamarla, al comparar su cruz á un trono. Cuando los hombres, habiendo agotado su cólera contra Jesús, su desprecio y su odio, creyeron haberle vencido, ellos no habían logrado sino preparar su gloria. Libre en lo de adelante de las debilidades de esta vida humillada y dolorosa, á la que él voluntariamente se había sujetado, él reinará con su potestad

¹ Juan, VIII, 27.

² Juan, VIII, 28-29.

incoercible. Entonces resplandecerá la luz; todos verán al Crucificado exaltado en la tierra y hasta los Judíos reconocerán algún día, al fin de los tiempos, lo que hoy rechazan,—la divinidad del Hijo del hombre, la verdad de sus enseñanzas y de su absoluta santidad.

Apesar de la hostilidad de ese medio, la palabra de Jesús no se estrelló siempre contra la incredulidad obstinada; si ella desencadenó la tempestad, ella calmó á más de una alma en esta multitud agitada. Muchos, dice el Evangelio, al escucharle, creyeron en él; y, tocados por su enseñanza, ellos le reconocieron como al Mesías.¹ Hasta algunos de los mismos jefes quedaron conmovidos.² La potestad de afirmación, la sinceridad de acento, la radiación del alma de Jesús, terminaron por dominar sus preocupaciones; ellos sentían que las declaraciones del gran Profeta no eran una vana jactancia.

El quiso probar la fe de esos nuevos creyentes, porque la sentía superficial y frágil.

—“Vosotros no seréis realmente mis discípulos,” les dijo, “si no permanecéis firmes en mis palabras;” y si permanecéis firmes en mis palabras, “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”³

Esta última palabra levantó una tempestad; ella prueba con qué sagacidad Jesús se guardó contra los Judeos, tan aferrados en sus vanas opiniones y su falso mesianismo.

—¿La verdad nos libertará? replicaron; pero nosotros somos la posteridad de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo entonces osas decir: Vosotros seréis libres? ⁴

La vieja levadura judía fermenta en esas conciencias que parecían abrirse á la fe. La sola suposición de la esclavitud les ofende; y ellos recobran, para rechazarla, todo el orgullo de su sangre.

¹ Juan, VIII, 30.

² Juan, XII, 42.

³ Juan, VIII, 31-32.

⁴ Juan, VIII, 33.

El equívoco va á ser disipado, no se trata de esclavitud política ni de servidumbre civil y personal, sino de la esclavitud del alma. El acento de Jesús se hizo más solemne:—"En verdad, en verdad," respondió, "el que comete el pecado es esclavo del pecado."¹ Los Judíos saben ahora en qué consiste esta libertad de la que la opinión popular hacía una de las glorias del Mesías.

La explicación debió chocar más violentamente aún á esos espíritus enfatuados de su propia justicia. Aun cuando ellos se jacten de ser los hijos de Abraham, no por eso dejan de tener por tirano al pecado, y, ante el Padre de familia, ellos no son sino esclavos. Ahora, una es la condición del esclavo, otra la del Hijo. El primero no permanece siempre en la casa: él no queda ahí sino á merced del señor, él puede ser expulsado ó vendido; el segundo siempre permanece ahí.

Se ve, por un nuevo rasgo, qué conciencia tenía Jesús de sí mismo. El hombre por doquiera está esclavizado al mal; cualquiera que sea la fuerza de su sangre y la ley religiosa á la que obedece, es un esclavo. Un solo ser, es el Hijo, éste es Jesús. El llenó la casa. El honor y la dignidad del hombre nacido esclavo es únicamente el ser libertado; pero es menester para esto, que él acepte, con la palabra del Hijo, al Espíritu de quien esta palabra es el órgano.

Hé aquí las palabras severas y consoladoras que él enseña á ese pueblo.—"Si entonces," concluyó, "el Hijo os libertó, seréis verdaderamente libres"² Si no, no. Lejos de prestarse á esta obra y de afirmarse con la palabra que liberta, los Judíos se dejan coger de nuevo por sus preocupaciones; ellos hubieran aceptado á un Mesías que les alhagara, ellos se rebelan contra aquel que les importuna; su palabra no se arraiga en ellos; ellos vuelven á sus prevenciones y á su odio inveterado.

—"Este es el motivo," les dijo, "por lo que buscáis hacer-

¹ Juan, VIII, 34.

² Juan, VIII, 36.

me morir." Entonces, poniendo el hierro en la llaga, corta en su raíz este orgullo indomable de los hijos de Abraham, y les muestra cuál es su verdadero padre.

—Vosotros os decís la raza de Abraham. "Por lo que á mí toca, lo que he visto en mi Padre, yo lo digo; y vosotros, lo que habéis visto en vuestro padre, lo hacéis también." Parece ponerles la cuestión: ¿Abraham es verdaderamente vuestro padre?

—Si, respondieron ellos, nuestro padre, es Abraham.

—"Si vosotros soís los hijos de Abraham, haced, pues, las obras de Abraham."³ Sed, como él, dóciles á la verdad de Dios,⁴ respetad como él á sus enviados.⁵

La hostilidad de los interlocutores se desencadena; oprimidos por la palabra de Jesús, ellos no tratan de justificarse, su orgullo ofendido se enfurece, ellos no quieren escuchar nada, y repiten con fuerza: Abraham es nuestro padre.

—"Si soís los hijos de Abraham," les dijo entonces Jesús con calma, y estrechándoles siempre, "harfais las obras de Abraham. Ahora, buscáis hacerme morir, á mí, á un hombre que os ha dicho la verdad, la verdad que yo he oído de Dios. Abraham no ha hecho esto. Pero vosotros descendéis de otro, y hacéis las obras de aquel que es vuestro verdadero padre."

Los judíos comprendiendo que Jesús hablaba de una filiación moral, exclamaron:—Nosotros no somos hijos de fornicación, somos de la misma fe que Abraham; y, como él, nosotros no tenemos sino á un Padre: Dios.

—"Si Dios fuera vuestro Padre," replicó Jesús, "vosotros me amaríais, porque yo he salido y yo vengo de Dios; yo no he venido de mí mismo, sino él es el que me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque vosotros no podéis comprender mi palabra."⁶

¹ Juan, VIII, 37.

² Juan, VIII, 39.

³ Gen., XII, XXII.

⁴ Gen., XVI, XVII.

⁵ Juan, VIII, 40, 43.

Los miembros de una misma familia tienen un acento, un modo de hablar, por el que ellos se reconocen, porque un mismo sentimiento, un mismo pensamiento les inspira. El extraño se sorprende de su lenguaje, y él no les comprende, porque él es de otro espíritu. Jesús va á revelar, en fin, á los que no pueden recibir su doctrina, de qué espíritu ellos se derivan, y la causa profunda de su falta de inteligencia, de su incredulidad y de su invencible oposición. Esta es una de sus palabras más severas dirigidas á su pueblo.

—“No digáis que soís la posteridad de Abraham; no, no llaméis á Dios vuestro Padre. El padre de quien habéis salido es el diablo: él os incita, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Ahora, él ha sido homicida desde el principio, y él no está en la verdad, porque no hay verdad en él. Si él habla de su propio interior, él dice la mentira, porque él es mentiroso y el padre de la mentira.”¹

Es todo el genio del mal resumido en el odio del hombre y de la verdad.

Los dos rasgos satánicos: el odio y la mentira,—el odio que mata al hombre, y la mentira que mata á la verdad en el hombre,—se hallan en esos judíos de corazón endurecido. Cegados por las sugerencias de Satanás, el homicida y el mentiroso, ellos meditan ya la muerte de Jesús, y se revelan contra la doctrina de Dios que él les trae.

El se los reprocha con severidad:—“Y yo,” exclamó, “porque os digo la verdad, no me creéis. Si todavía pudiérais acusarme de alguna falta; ¿pero quién de vosotros puede argüirme de pecado?”²

La santidad es una de las más elevadas garantías de la verdad. El hombre no posee ni la verdad ni la santidad absolutas; él está sujeto al error, y su razón se engaña; él está inclinado al mal, y su voluntad desfallece. Jesús no tiene nada de esas dos debilidades inherentes á nuestra naturaleza. Mientras

¹ Juan, VIII, 44.

² Juan, VIII, 45, 46.

que los más santos, al hacerse más perfectos, se convencen siempre mejor de la fragilidad del espíritu y de los desfallecimientos de la voluntad, él, el Hijo del hombre, afirma que él está en la verdad y en la santidad absolutas. El declara solemnemente que toda palabra salida de su boca viene directamente de Dios, por consiguiente, ella es la expresión pura de la verdad total; y, á la faz de sus adversarios, él no teme lanzar este reto: “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?”

El reto no fué levantado.

—“Entonces,” agregó, “si yo os digo la verdad, por qué no me creéis?”

Por esta razón, Jesús va á enseñárselas en dos palabras que desenmascaran la universal incredulidad.

—“Aquel que es de Dios escucha y comprende las palabras de Dios: vosotros no escucháis ni comprendéis, porque no soís de Dios.”¹

Ser de Dios, es obedecer al llamamiento del Padre que nos impele hacia la plenitud del Ser, de la verdad y del bien. Cualquiera que acoja este llamamiento viene de Dios y pertenece á Dios. El hallará en Jesús la paz de sus deseos infinitos; él escuchará su palabra y comprenderá que ella es de Dios. El que se aparta de esta atracción para replegarse en sí, imita á Satanás: él ya no se une á Dios, se ama á sí mismo y sale de la verdad, él no obedece sino á sus propios deseos egoístas y se complace en sus errores; y, como Dios es amor y verdad, al oponerse á Dios, él entra en el odio y la mentira. Todo lo que le habla de Dios le turba y le irrita, toda verdad le ofusca. El oprime y engaña, mientras que Jesús liberta y alumbr.

Los actos de la vida se explican por esta orientación primera del alma. Según que el alma aspira á Dios ó se encierra en su pequeñez, ella cree ó no cree, ella ama ú odia; ella va á la verdad ó á la mentira, al sacrificio ó al goce; ella se consagra ó mata; ella sigue al Enviado, al Hijo de Dios, ó ella le crucifica.

¹ Juan, VIII, 47.

Esos reproches sangrientos, que afrentaban el orgullo de los judíos en lo que había de más sensible, les arrancaron exclamaciones de injuria y de desprecio. Ellos lanzaron á Jesús este insulto:—¿No tenemos razón de decir que tú eres un Samaritano, y que tienes al demonio?

—“No,” les respondió Jesús, “yo no tengo al demonio; mas yo honro á mi Padre, y vosotros me deshonráis. Respetto de mí, yo no busco mi gloria; pero hay otro que la buscará y que juzgará.”¹

Cuando se le decían injurias, dice uno de los testigos, él no las devolvía, sino que se remitía á Aquel que juzga en la justicia.² El permanecía en la verdad y en el amor, y apelaba con la dulzura de los mártires, á la justicia de su Padre. Con su calma y su fuerza, en vez de irritarse, él recordaba á sus insultadores los beneficios divinos que él reserva á sus discípulos:—“En verdad, en verdad, yo os digo, si alguno guarda mi palabra, él no verá jamás la muerte.”³

En comunión con el Espíritu de Dios mismo, él sacará en esta fuente inagotable la vida divina, la verdad y el amor infinitos; esta vida divina inundará al propio tiempo mortal y le resucitará para la eternidad.

Mas Jesús no puede dominar á esos energúmenos; su espíritu malo les ciega, su mansedumbre les exaspera, y sus promesas le parecen una locura. Ellos afectan desfigurar todo lo que él dice, dándole un sentido material y grosero.

—Bien vemos ahora que el demonio te inspira, exclamaron. Abraham ha muerto, y también los profetas; y tú osas decir: Si alguno guarda mi palabra, no morirá nunca. ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Abraham que ha muerto? Y los profetas también han muerto. ¿Quién pretendes ser?⁴

—Yo no soy sino lo que Dios ha querido. “Si yo me glo-

¹ Juan, VIII, 50.

² I Pedro, II, 23.

³ Juan, VIII, 52.

⁴ Juan, VIII, 53, 54.

rifico á mí mismo, mi gloria no es nada; el que me glorifica es mi Padre.”¹

Ante esas provocaciones violentas, Jesús no se turba, ¿Qué son las cóleras del hombre ante aquel que posee la luz y la fuerza de Dios? El responde por una de las declaraciones más sublimes que han salido de su boca, eclipsándose él mismo en la gloria con la que su Padre le ha cubierto.

La gloria del Hijo del hombre está en su unión total, substancial, personal con Dios. Misteriosa en sí misma, inefable, ella se revela por su palabra, su santidad y sus milagros: ella ha hecho de Jesús el centro religioso de la humanidad, el foco universal de la luz, de la vida y de la salvación. Ella es la obra del Padre, á la que Jesús refiere todo, y que es así el principio eterno de su glorificación.

—“Vosotros decís que él es vuestro Dios,” agregó, “y sin embargo, no le conocéis; pero yo le conozco. Y si yo dijese que no le conocía, sería semejante á vosotros que pretendéis conocerle, mentiroso. Mas yo le conozco y guardo su palabra.”²

A la ceguedad soberbia de sus enemigos, Jesús opone con una certidumbre absoluta y tranquila el conocimiento que él tiene de su padre; y á su cuestión:—¿Eres tú más grande que nuestro padre Abraham? responde resueltamente:

—“Sí, porque Abraham, vuestro padre, se estremeció con la esperanza de ver mi día, y él le ha visto, y él se ha regocijado.”³

La alusión á su dignidad mesiánica era formal. El se da por Aquel en quien las naciones de la tierra deberán ser benditas, según la promesa hecha al Padre de los creyentes; esta promesa está hoy realizada, y, en la gloria de Dios en donde él habita, Abraham le ve, y se regocija.

Siempre groseros y vulgares, los Judíos sorprendidos le in-

¹ Juan, VIII, 54.

² Juan, VIII, 55.

³ Juan, VIII, 56.

terrumpen con una indignación despreciativa:—Tú no tienes cincuenta años, la edad extrema de la virilidad, y tú has visto á Abraham!

—“En verdad, en verdad, yo os digo, antes que Abraham existiese, yo soy.”¹

Abraham llegó, Jesús es. Al comienzo histórico del Padre de los creyentes, él ofrece su existencia personal, eterna, sin principio ni fin. Es el inmutable presente. Esta palabra recuerda el clamor de un salmo: “Antes que las montañas hubieran nacido y que la tierra fuese fundada, de eternidad en eternidad, tu eres oh Dios!” Ella ha inspirado el prólogo del Evangelio del que tomamos esas narraciones y esos fragmentos de discurso; ella es de aquellas que no se inventan y que no se explican sino por la locura ó la divinidad; ella pertenece á ese “hablar” de Jesús que resuelve sobre toda lengua humana, y que comprenden sólo los creyentes. Ninguna sutileza de la exégeris puede disminuirla y hacerla plausible para la crítica que niega la filiación divina de Jesús. Los interlocutores no se han despreciado; ellos le han juzgado como á un blasfemo; ellos no pueden más que caer de rodillas ó lapidar al Profeta. En el furor de su falso celo, ellos levantaron piedras contra él.

Jesús se libertó, y seguido de sus discípulos, salió del Templo.”²

¹ Juan, VIII, 57-58.

² Salm, XC, 9.

³ Juan, VIII, 59.



CAPITULO IV.

EL MILAGRO DEL CIEGO DE NACIMIENTO.

Los caminos y las puertas de las ciudades, en Oriente, están invadidos de ciegos, de estropeados, de enfermos de todas clases, implorando la piedad de los transeuntes y pidiendo limosna con una voz quejumbrosa. La costumbre no ha cambiado después de siglos.

Como Jesús dejó al Templo, apareció, en una de las puertas, á uno de esos desdichados, ciego de nacimiento:

—Maestro, preguntaron los discípulos, ¿en qué pecó él ó sus padres para que él naciese ciego?

En la doctrina religiosa; la enfermedad física, como la muerte, tiene sus orígenes secretos en el pasado. Sería un error creer, sin embargo, que el sufrimiento de un individuo siempre haya tenido su causa inmediata en una falta personal ó en la de sus padres. Jesús rectifica esa preocupación; y elevando el alma de sus discípulos á un pensamiento más sano, les indica lo que llega á ser el dolor en los designios de Dios.

—“Si este hombre es ciego,” les dijo, “no es porque él ni

sus padres hayan pecado; es para que las obras de Dios sean manifestadas en él."

Todo dolor humano, en efecto, á la presencia y bajo la acción de Jesús, se transforma; él le llena de piedad, le cura algunas veces, le consuela siempre, y el hombre no tarda en reconocer en este beneficio al Dios que salva. La vida del Maestro no es más que un tejido de obras de su bondad. El ahf se comunica, no dejando escapar ninguna ocasión, porque sabía que su paso sobre la tierra era rápido; él la comparaba al día y su muerte le parecía la noche.

—"Mientras que es de día," decía, "es preciso cumplir las obras de Aquel que me ha enviado. La noche llega, nadie puede ya obrar. Mientras que estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo."

El iba á dar una prueba sensible á este ciego.

El escupe en el suelo, forma lodo con su saliva y extiende este lodo sobre los ojos de este enfermo.

—"Vete," le dijo, "lávate en la piscina de Siloe."

El se fué, se lavó y volvió viendo. Era un sábado.

La piscina de Siloe¹ estaba situada al pie y en la punta Sur-oeste del Ophel, en el encuentro de los valles del Cedrón y del Gihon; ella recibía sus aguas de un manantial llamado hoy Sitti-Mariam, por un canal subterráneo cabado en la roca de la colina. En el tiempo de Herodes, las murallas de Jerusalem se extendían hasta la piscina, cubriendo así una gran parte del Ophel, en la actualidad desierto. La piscina está en ruina á cielo abierto. Raros restos de columnas son las únicas reliquias de la antigua iglesia allí levantada, desde los primeros siglos, en Salvador-Alumbrador.

La curación súbita del ciego de nacimiento, bien pronto fué conocida. Sus vecinos y aquellos que le habían visto antes mendigar, sentado en la orilla de los caminos y en el quicio de las puertas, se decían:—"¿No es este aquel que estaba

¹ Of. De bello Jad., VI.

sentado y mendigaba? Algunos respondían: Sí; otro: No, pero se le parece. Y él afirmaba: Yo soy.

Se le preguntaba con curiosidad: ¿Cómo, pues, se han abierto tus ojos? Este hombre que se llama Jesús, ha hecho lodo, untó en mis ojos y me dijo: Ve á la piscina de Siloe y lávate. Yo fuí allí, me lavé, y yo veo.—¿De dónde es este hombre? le preguntaron.—Yo no se.

Se condujo entonces al ciego á los Fariseos, quienes le preguntaron á su vez cómo había recobrado la vista. El les dijo:—El me puso lodo en los ojos, me lavé y veo.

En vista del prodigio, los Fariseos se dividieron respecto á Jesús. Unos decían:—Este hombre no es Dios; él no guarda el sábado.—Pero otros respondían: ¿Cómo un pecador puede hacer "estas señales?"

En su embarazo, ellos se dirigieron al ciego:—Y tú qué dices del que te ha abierto los ojos?—Es un profeta.

Esta palabra les turbó.

Presintiendo el efecto que semejante milagro iba á producir en la multitud, ellos pusieron en duda el milagro. A fin de confirmarse en su negación, ellos hicieron venir á los padres del ciego de nacimiento y le interrogaron:—¿Este es vuestro hijo, el que decís ciego de nacimiento? ¿Cómo está al presente?—Sí, este es nuestro hijo, ciego de nacimiento, nosotros lo atestigüamos. Más cómo está al presente, no lo sabemos. ¿Quién le ha abierto los ojos? No lo sabemos. Interrogadle, él ya tiene la edad; que él mismo hable de sí mismo.

La reserva de los padres, en su respuesta, estaba inspirada por el temor, porque los Judíos habían ya decidido en consejo secreto, expulsar de la sinagoga á cualquiera que hubiese proclamado que Jesús era el Mesías.

No habiendo podido obtener nada de los padres, los Fariseos pensaron intimidar á aquel que había sido ciego. Se le llamó de nuevo.

—Da gloria á Dios, se le dijo, sabemos que este hombre es un pecador.

Evidentemente, su fin era conducir á esta alma sencilla á decir como ellos y á ultrajar, en nombre de la piedad ortodoxa y de la obediencia ciega á una autoridad tiránica, á aquel que le habla curado. Pero una fuerza invisible guarda á los débiles y á los corazones rectos.

—Si este hombre es pecador, yo lo ignoro. Sólo sé una cosa: yo estaba ciego y ahora veo.

Esta precisión, esta sinceridad en la afirmación les desconcertó.—¿Qué es lo que él te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

El ciego animado por el espíritu de Jesús, tomó conciencia de su fuerza.

—Ya os lo he dicho, respondió, y no entendéis. ¿Por qué queréis que yo lo repita?

Y añadió con un razgo de ironía:

—¿Acaso queréis, también vosotros, llegar á ser sus discípulos?

—Se tú su discípulo, exclamaron los Fariseos maldiciéndole; nosotros somos los discípulos de Moisés, porque sabemos que Dios habló á Moisés; en cuanto á aquel, no sabemos de donde es.

—Esto es sorprendente, replicó este hombre, vosotros no sabéis de dónde es, y él abrió mis ojos. Nosotros sabemos que Dios no escucha á los pecadores; pero aquel que le honra y hace su voluntad, él le escucha. Jamás se ha oído decir que alguno haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento; si entonces este no era de Dios, él no podría hacer nada.

La respuesta era sin réplica; pero el orgullo herido y la mala fe siempre han tenido por último recurso á la violencia y á la injuria. Los Judíos se mostraron injuriosos y violentos.

—¡Tú has nacido por completo en el pecado, y tú nos enseñas! El fué excomulgado, y le arrojaron afuera.

Jesús lo supo, y habiéndole encontrado, acabó en este hombre la obra de su Padre, y aquel á quien los hombres rechazaban injustamente, fué recogido por su justicia y su bondad.

—“¿Crees, le dijo, en el Hijo de Dios?”—“¿Quién es, Señor?

á fin de que yo crea en él.—“Tú le has visto,” le dijo Jesús; “el que te habla, él es.” El respondió:—Yo creo, Señor; y prosternándose, le adoró.

El Evangelista visiblemente se complació en relatar con los detalles más circunstanciados ese hecho instructivo. Se puede leer entre las líneas de su narración la historia de las almas que llegan á la fe y la de aquellas que se obstinan en la incredulidad. El ciego de nacimiento es el modelo de las unas, los Fariseos son el tipo de las otras.

Los milagros de Jesús son resplandecientes como el sol. Su fuerza taumatúrgica ha deslumbrado á la humanidad por innumerables beneficios: él ha levantado á los débiles, dado la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paralíticos, la vida á los muertos. Aquellos que han experimentado esta fuerza lo dicen; los parientes y los vecinos, el pueblo entero, la comprueban. El testimonio es público, universal, popular. Los espíritus sinceros la aceptan; en su rectitud, ellos terminan por reconocer, en el taumaturgo, al Enviado de Dios, y cuando el Enviado de Dios les dice: El Mesías, el Salvador, yo soy, ellos creen y caen de rodillas, adorándole.

Los Fariseos, los jueces, los esclarecidos, sorprendidos desde luego por el prodigio que el testimonio público les señala, sorprendidos por la vista misma de aquellos en quienes se verificó el prodigio, comienzan por oponerse al milagro y á los testigos á priori de su sabiduría, de su pretendida ciencia ó de su infalible crítica:—Esto es imposible, exclamaron, este hombre obra en contra de nuestras leyes, de las leyes de nuestra religión ó de las leyes de nuestra ciencia y de nuestra sabiduría. No hay hecho contra tales leyes.

Pero los testigos insisten: los hechos son evidentes, y la evidencia de los hechos la lleva sobre todo. La conciencia del pueblo, espontánea y sincera, va al hecho y desprecia la doctrina que le niega. Entonces es cuando comienza el embrazo de la falsa ciencia, de la falsa razón, de la falsa religión.

A toda costa es preciso debilitar al testimonio. Se ensaya sobornar á los testigos, se intenta por una pÉrfida exegÉsis, desnaturalizar los documentos. Si los testigos permanecen fieles y si los documentos mudos no se dejan falsificar, no hay otro recurso sino la injuria y el anatema. En nombre de una religi3n falseada, el testigo es tratado de impio; en el nombre de una ciencia soberbia, él es despreciado como un ignorante; en el nombre de una poltica violenta é inexorable, herido de ostracismo y excomulgado. Pero esas vÍctimas de la persecuci3n, reprobadas del mundo, son conocidas de Cristo. El ama su sencillez, su sinceridad y su valor, él las lleva á la te; él las dice lo que él es, y ellas le creen: esos son los elegidos de su Reino.

De una parte, el ciego, el mendigo, el desheredado del mundo, el excomulgado por causa de JesÚs, confiesan la divinidad de aquel que abri3 sus ojos á la luz y su alma á la fe; de la otra los Fariseos, los maestros de la ciencia, iniciados en la Ley y en la doctrina de los profetas, los jueces que condenan sin equidad, que anatematizan lo que ellos deberÍan respetar, que resisten á la evidencia y se obstinan en la incredulidad; hé aquí el contraste perpetuo que caracteriza la obra de JesÚs. El Maestro no se sorprende ni se conmueve. El hablaba á menudo á sus discÍpulos, no viendo más que á la voluntad sabia de su Padre, la ley misma de su vocaci3n mesiánica.

Hoy se explica á la faz de los Fariseos:

—“Yo he venido á este mundo,” dijo, “á ejercer un juicio, por el cual los que no ven, vean: y los que ven queden ciegos.”¹

Los ignorantes, los sencillos, los pobres de espíritu que no saben y que no pretenden saber, hé aquí á los que JesÚs ilumina. Los que se dicen sabios, enfatuados de su ciencia, de su cultura, de su sistema, convencidos de que ellos no tienen

¹ Mat., XI, 25; Luc., X, 21; Juan, VI, 37 y salm.

² Juan, IX, 39.

nada que aprender, ni aun de Dios á quienes ellos creen representar y de sus enviados á quienes desdeshan y de quienes se desembarazan en nombre de sus axiomas: hé aquí á los que el Hijo de Dios ciega.

Al oír hablar de esta manera á JesÚs, algunos Fariseos que se hallaban con él prorrumpieron en un tono ir3nico:

—¿Acaso, también nosotros somos ciegos?

La respuesta de JesÚs fué abrumadora con su dulzura:

—“¡Ah! ¿qué no s3is ciegos?” vosotros buscarÍais la luz y no tendrÍais pecado. “Pero decís: Nosotros vemos, y rechazáis la luz que yo os traigo; y permanece vuestro pecado.”¹

A pesar de todos los obstáculos, á pesar de las pasiones, la ciencia altiva de los doctores, las amenazas y las medidas violentas de la jerarquía, la obra de JesÚs se verificaba y progresaba en la metr3poli. AhÍ, como en otras partes, los pobres eran sus predestinados; él veía crecer su rebaño, y él se miraba como el pastor; él admiraba á esas naturalezas sencillas que no temían comprometerse por él y seguirle en despecho de las injurias, de los anatemas de sus jefes. La vista de sus fieles le enternecía, y ella le inspiró una de sus parábolas más conmovedoras.

—“En verdad, en verdad, yo os digo, el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otra parte, es un ladr3n y un hurtador. Pero el que entra por la puerta, éste es el pastor de las ovejas.

“El portero le abre. Las ovejas escuchan su voz. El las llama por su nombre, y las hace salir. Cuando las ha hecho salir, camina delante de ellas; y las ovejas le siguen; ellas conocen su voz; ellas no siguen al extranjero, ellas le huyen, no conociendo la voz de los extraños.”²

Los Fariseos no comprendieron la alusi3n; ellos no reconocieron á JesÚs en el pastor, y no comprendieron que ellos

¹ Juan, IX, 40-41.

² Juan, X, 1-5.

mismos eran esos extranjeros que se introducían furtivamente como los ladrones en el redil.

Jesús explicó la parábola.

—“En verdad, en verdad, yo os digo, yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido son hurtadores y ladrones: las ovejas no les han escuchado.

“Yo soy la puerta. El que por mí entre será salvado. Entrará, saldrá, hallará los pastos. El ladrón no viene sino para robar, degollar, y perder. Yo, vengo á fin de que ellas tengan la vida y la tengan superabundante.

“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, aquel á quienes no pertenecen las ovejas, ve llegar al lobo, abandona á las ovejas y huye; y el lobo arrebató y dispersa al rebaño. El mercenario huye, porque siendo mercenario, él no se cuida de las ovejas.

“Mas, yo soy el buen pastor. Yo conozco á las mías, y las mías me conocen, como el Padre me conoce y como yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Y yo tengo otras ovejas que no son de este redil. Es preciso que yo las traiga. Ellas escucharán mi voz, y no habrá más que un redil y un pastor.

“Si el Padre me ama, es porque yo doy mi vida. Nadie me la quita, yo la doy por mí mismo. Como yo tengo el poder de darla, yo tengo el poder de quitarla. Yo he recibido de mi Padre este mandato.”¹

Esta parábola, tomada con sus menores detalles de la vida pastoril del Oriente, es una de aquellas que revelan con más suavidad el misterio inefable de la obra y de la persona de Jesús. Pocos nombres le designan mejor en su dulzura que el nombre de pastor. El redil es el pueblo de Dios apriscado y reunido, como un rebaño escogido, en el recinto, en la barrera de la Ley. La puerta de este recinto es el Mesías. La entrada no era posible, en efecto, sino con la condición de creer y

¹ Juan, X, 7-17.

de esperar en él. La fe en el Salvador futuro era el alma de la antigua ley; no se vivía sino por ella, porque no se pertenecía al pueblo santo sino por ella. Todos aquellos que, entre los jefes la han despreciado,—reyes prevaricadores, falsos profetas, falsos mesías, doctores seducidos por sus vanas tradiciones y su culto materialista,—no son mas que *hurtadores y ladrones que escalan la ley santa*; ellos no alimentan á las ovejas, ellos se alimentan; ellos no las hacen vivir, ellos las degüellan; no las conducen, las pierden. Aquellos á quienes el Mesías esperado ya inspiró y que han entrado por él en el redil, los verdaderos enviados y los verdaderos creyentes, han hallado pastos y se han salvado.

Jesús no es solamente la puerta, es el pastor.

El ha conducido lejos del recinto del antiguo redil, ya muy estrecho, á las ovejas que son suyas; las llama, ellas escuchan y reconocen su voz; las conduce caminando delante de ellas, á los pastos nuevos en donde ellas hallan la plenitud de la vida; muere por ellas, á fin de salvarlas. Su redil, es la Iglesia, es ella vasta como el mundo, eterna como Dios; y para llenarla, irá á la humanidad perdida, en donde tantas ovejas ignoradas le esperan, á llamarlas, á llevarlas. Son ellas á quienes él designa diciendo: “Yo tengo otras ovejas que no son del rebaño del pueblo de Dios, es preciso que yo vaya á buscarlas.” Su Espíritu es quien las recogerá por ministerio de sus apóstoles.

El será el pasto, su rebaño vivirá de él; á esta costa, Jesús será verdaderamente el pastor. El pensamiento de su muerte, siempre vivo en él, se expresa hoy con un rasgo particular: quiere que se sepa que él muere libremente, que si sus enemigos,—los lobos de su rebaño,—le matan, es porque él se entrega á ellos, y entregándose, cumple la voluntad de su Padre.

El amor desborda en este último discurso todo lleno de misterio, que termina la serie de las enseñanzas de Jesús, en Jerusalem, durante la fiesta de las Cabañuelas del año 29 y los días siguientes.

El resultado de este apostolado ha sido fuertemente marcado por el cuarto Evangelio. La opinión desquiciada, se divide; algunos no ven en la palabra del Profeta sino un delirio, una locura, una inspiración de Satanás, y tratan de persuadir al pueblo.—¿Por qué le escucháis? dicen, él está poseído del demonio y desvaría.

Otros le defienden; la sabiduría de sus discursos les conmueve, y sus milagros les parecen la prueba de su misión.—No, responden ellos; estas no son las palabras de un poseído. ¿El demonio puede abrir los ojos á los ciegos?¹

En el pasado como en el presente, ayer como hoy, es preciso que Jesús sea contradecido; y, avanzando en su obra, él aparece siempre el gran signo de división.

¹ Juan, X, 19, 21.



CAPITULO V.

PRIMER RETIRO DE JESÚS Á PEREA.

Jesús, al declararse el Hijo de Dios vivo, á la faz del poder y de la nación entera, en pleno Templo, con claridad y con fuerza, sin equívoco y sin figura, acababa de cumplir uno de los actos más necesarios y peligrosos de su misión. Para que se creyera en él y en su mesianismo, él debía afirmarse; mas al afirmarse á sí mismo, iba al encuentro de la muerte.

Repulsado y despreciado por la jerarquía, él no era para ella sino un falso profeta y un blasfemador; ahora, la ley castigaba de muerte á los falsos profetas.¹

El no quiso precipitar el desenlace. Se alejó de Jerusalem, dejando á la ciudad llena toda de su nombre, y á la opinión en batalla con sus enseñanzas que la trastornaban, iluminando á unos, cegando á otros y escandalizándoles.

Recuérdese que viniendo á la fiesta de las Cabañuelas,² él había, en el camino, enviado á setenta y dos discípulos en misión á las ciudades y á las aldeas que él mismo se proponía visi-

¹ Deut., XIII, 5.

² Véase el libro II, cap. 11.